

Núm. 2.

LA MUERTE DE ABEL,

TRAGEDIA.

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR DON ANTONIO SAVIÑON.

Primi parentes, prima mors, primus luctus.

PERSONAGES.

ADAN.
EVA.
CAÍN.
ABEL.
MÉLIDA, *muger de Caín.*
TIRZA, *muger de Abel.*
DOS HIJOS DE CAÍN.
DOS HIJOS DE ABEL.

La escena pasa en Mesopotamia, cerca del Paraiso terrenal, conocido tambien con el nombre del Campo de Eden.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un risueño paisage, segun los primitivos tiempos del mundo, y la cercanía al Paraiso terrenal debieran producirlo. Tres cabañas rústicas entre varios bosquecillos, entretexidos de árboles asiáticos, se verán colocados en diferentes sitios de la escena. El alba principia á señalar sus primeros reflexos.

ESCENA PRIMERA.

Abel saliendo de su cabaña, y Tirza siguiendole.

Tirza. Apénas luce la vecina aurora:
¿Adonde, adonde tus veloces pasos
llevas, ó caro Abel, ó esposo mio?
¿Por que te apartas de mi dulce lado,
y ántes que al Ser eterno la naciente
primer familia del linage humano

alce

alce sus votos con ferviente anhelo,
dexas del sueño el placido regalo?
¿Quieres tú, quando el alba enroxecida
va lentamente con su luz sembrando
salud y resplandor, ver el primero
dispertar la hermosura de los campos?
mudas las aves, y en el ramo asidas,
gozan del sueño el apacible halago:
tambien las fieras en los bosques duermen,
ó en las hondas cabernas reposando:
Adan, Eva, Caín, el universo,
todos duermen aun. ¿Quieres acaso
ser tú el primero en saludar la aurora?
Abel. Caín duerme, es verdad; y ¡oh, fuera dado,
querida Tirza, que un amigo sueño
lo debolviera á mis amantes brazos;
y que al abrir los párpados corriese
á buscar las caricias de un hermano!
Tirza. Caín, mi caro Abel, ha largo tiempo
que huye tu vista en el desierto campo;
¿Y puedes tú aguardar que en este dia
venga él mismo á ofrecerte sus abrazos?
¡Él, que alimenta una feroz envidia,
y odio y furor por siempre respirando,
parece que en tus lágrimas se goza,
y que desprecia tu doliente llanto!
Abel. Eterno Creador del universo,
omnipotente Dios; si de lo alto
de este trono, elevado sobre el éter,
y de mi padre el crimen perdonando,
escuchar te dignares la plegaria
del que nació de un pecador: si acaso
la triste enemistad de los primeros
hombres excita tu piedad; tu brazo
aplaque de mi hermano los rencores.
Haz que siguiendo el órden soberano
de la naturaleza, y que rindiendo
su fiero corazon á mis halagos,
ame por fin á Abel, del mismo modo
que él es por siempre de su Abel amado.
Tirza. No lo creas jamas: jamas esperes
su cariño tener ¡Que! ¿No has llegado

á conocerle aun? Rústico, altivo,
triste, envidioso, arrebatado y falso,
tan solo estima qual virtud la fuerza,
y el austéro vivir. El dulce halago
es á su vista femenil molicie:
al suspiro, á la risa, al tierno llanto
nombra debelidad. Fiero y sañudo,
huye la vista de los suyos tanto,
quanto esquiva al reposo. Núnca, nunca
se le ve caminar por los collados,
ni por amenos valles florecientes,
ni por las sombras de árboles copados.
Él corre allá del bosque á lo profundo,
cerca de las cavernas y peñascos,
donde naturaleza tenebrosa,
y austera, como él, está indicando
que toma parte en el secreto enojo,
que le devora sin sesar; en tanto
que el negro y fiero horror de los objetos,
de eterna soledad acompañado,
nutre de su tristeza agitadora
la lóbrega inquietud con el espanto.
Aun esto es poco. De su envidia lleno,
ve tu virtud y venturoso estado;
y afligido sin fin á la presencia
del cariño mayor con que le amamos,
nos insulta y nos burla eternamente
con atrevido y insolente labio.
Al dulce esmero que de tí recibe
el ganado en pacífico descanso,
él opone mas útiles tareas,
y con su fuerte y su robusto brazo
los senos rompe de la madre tierra,
y en frutos crecen los fecundos campos.
Esta envidia feroz, que nunca, nunca
llegarás á vencer, irá sembrando
siempre en vosotros la fatal discordia.
Él te aborrece, él huye de tu lado;
huye del suyo, y déxale que sea
él de sí mismo su mayor contrario.
Dexa que con su rabia se deleite:
dexa que se alimente en su quebranto;

y si desprecia tu cordial ternura,
léjos de estar con lágrimas bañando
nuestro lecho infeliz, ni dar al viento
gemidos de dolor entre mis brazos;
buelve al indiferente indiferencia,
tranquilo goza de feliz descanso,
y labra un corazon endurecido,
que nunca sienta su rencor insano.
No mas te digo, Abel. Quizá tu Tirza
te debiera calmar; pero entretanto
tus padres, que te aman y te adoran,
tu hermana, que te quiere, y tus amados
hijos, que te idolatran cariñosos:
el Señor, que por siempre está mirando
con ojos de bondad gratos aromas,
desde tu altar hasta su trono alzados:
estos alegres campos; todo, todo
te debe distraer de aquel hermano.
Abel. Aun necesito su amistad querida,
yo lo confieso; este risueño campo,
mi humilde incienso que el Señor acoge,
de mis hijos los cándidos halagos,
de mis ancianos padres las caricias,
y mas que todo de mi Tirza el blando,
el dulce amor, tesoro de su esposo,
son de mi vida el embelezo grato;
pero si huyendo de los brazos mios,
hoy me abandona mi feroz hermano,
contigo fuera inquieta mi alegría;
aun ménos satisfecho en tal quebranto
del celeste favor yo me creyera;
y para mí perdieran estos campos
la fértil abundancia, la hermosura,
y el eterno placer de sus encantos.
¡Oh, dulce tiempo de la infancia nuestra!
¡Oh, recuerdo feliz! Caín, no ingrato,
amaba entónces á su hermano, entónces
á sostener nuestros primeros pasos
uno al otro ayudaba: todo, todo,
esperanza, placeres y cuidados
nuestros dos corazones dividian
en dulce amor: nuestro copioso llanto

con

con ardiente cariño lo enjugaba
una mano tan sola de un hermano;
y en todo tiempo y sin cesar se vian
sus brazos á mis brazos enlazados.
Pero al presente dias de amargura,
de aquellos bellos dias tan lejanos,
caen sobre mí: se aleja, me desprecia,
y furibundo me detesta acaso.
Él huye siempre de la vista mia,
yo sigo siempre sus errantes pasos,
y jamas buelve los adustos ojos
mi semblante á mirar. ¡Ay! Buelve, ingrato,
buelve, y renuncia tan feroz encono:
no, no es un corazon desapiadado
quien te busca y te llama enfurecido
para vengar colérico su agravio:
es tu hermano, cruel, tu hermano mismo,
pronto á caer ante tus pies postrado.

Tirza. Aquí se acerca de Caín la esposa
toda cubierta de pesar y llanto.

ESCENA II.

Abel, Tirza y Mélida.

Abel. ¡Ay Mélida! ¿Que es esto? ¿Que tristeza
está en tu rostro la inquietud pintando?

Mélida. ¡Feliz Abel! ¡Afortunado esposo!
Si tú no fueras adorado tanto,
mi triste corazon te envidiaria.
Alegres horas tu vivir bañando
estan, en tanto que las horas mias
van á perderse en el profundo llanto.
¡Ay hermano!

Abel. Responde: dime, dime de dónde nace tu dolor amargo.

Mélida. ¿Es mi esposo Caín, y lo preguntas!
Suyo es siempre mi amor; pero el ingrato
no corresponde á mi cariño tierno.
Quando en floridos juveniles años
pensaba yo que mi destino fuese
por él de gusto y de placer colmado,
á tormentos eternos se abandona
con frenética sed. ¡Oh, quanto, quanto,

y quan tremenda la pasada noche
á Mélida aterró! Lleno de espanto
dispierta, lanza un formidable grito,
y del lecho con ímpetu saltando,
hiere su pecho de funestos golpes:
se arroja al suelo, y con sus propias manos
surca en la tierra: insulta la venganza
del Supremo Hacedor; y vomitando
horrendas maldiciones contra el cielo,
llama á la muerte provocando al rayo.
Yo temí que el infierno ante sus plantas
se abriese: yo temí que retumbando,
en su cabeza reventára el trueno;
y que Dios, de su cólera indignado,
diera á los hombres un eterno exemplo,
con él la choza criminal quemando.
Con mis dos hijos á sus pies me postro,
y procuro calmar su arrebatado
encono; y él, mis voces desoyendo,
y hondos gemidos por el ayre dando,
iguales al rugir de los leones,
que hacen temblar en derredor el campo,
se escapa y huye. Yo le sigo, y corro,
llamándole, y tendiéndole mis brazos;
mas él, arrebatado en su carrera,
con planta rapidísima volando,
me obliga al fin á suspender la mia.
Deténgome agoviada del cansancio,
y él se esconde veloz: yo retrocedo,
mis esfuerzos inútiles llorando;
quando á vosotros de repente miro,
amigos, á vosotros, á quien amo;
y cuyo pecho de bondad anuncia
consuelo á mi dolor. Vuelo, me afano,
y llego anciosa por calmar la pena
que está mi corazon martirizando.
¡Ah! consoladme.

Abel. ¡Que placer el mio, si yo pudiera serenar tu llanto!
Pero en su fuga solamente pienso,
y por su vida mil tormentos paso.
¿Que hará? ¿que hará? ¡Si despechado y triste,
en su violenta rabia desmayado,

entre

entre desnudas rocas ha caido!
O si su esfuerzo le sostiene acaso,
la horrenda voz de los torrentes roncos
responde solo á su clamor, no el blando
acento de un amigo cariñoso.
¡Que no supiera yo donde mis brazos
le podrán sorprehender! Yo mismo fuera,
yo le ofreciera mi piedad, mi amparo:
yo apaciguara su dolor acervo,
ó gimiera con él. A un tierno hermano
entónces conociera, entónces viera
el cariño y candor con que le amo....
¡Mas que digo, infeliz! Si quando pienso,
por mi amor excesivo alucinado,
verle tranquilo, y sin furor rendirse
al esmero eficaz de mis cuidados;
tal vez yo soy la misma, soy la misma
causa de su dolor. ¡Ay! ¿Y hasta quando
será que viva de temores lleno?
Habla, Mélida, en fin. Dí sin reparo...
No temas, no... Ya sé... que me aborrece.
Bien puede confesármelo tu labio.
Habla, responde, dí. ¿Soy yo el objeto
de su cólera aun?

Mélida. Abel, yo callo; y en tan penosa agitacion no debo
revelar de mi esposo los arcanos.

Abel. Bastante has dicho ya; ya mis sospechas
á la evidencia por mi mal pasáron. ¡Oh, Dios!

Mélida. ¿Que turbacion es la que miro
en tu rostro nacer? Si temerario
pudo Caín desconocerte un dia,
olvida, amigo, semejante agravio:
no le niegues un alma, que ha querido;
y nunca, nunca del Señor, que grato
tu voz escucha, la justicia implores
en contra de Caín desventurado.

Abel. ¡Yo, hermana mia! ¡Yo, que con mi acento
en este dia, en este mismo campo,
ántes de tu venida suplicaba
á Dios por él! ¡Que si el celeste brazo
su vida amenazára, mi cabeza
fuera á poner entre Caín y el rayo!

¡De-

¡Dexarle yo de amar!... Serena el pecho;
no no puedo vivir sino le amo.
No tengo yo su fuerza en patrimonio:
un corazon tan solo me ha tocado,
un tierno corazon, que se alimenta
del deseo de amar, y ser amado.
Aquí aguardo á Caín, y en el momento
que le mire llegar, iré volando
á estrecharle en mi seno venturoso;
y sin temor, sin queja, sin agravio
yo le diré para calmar su furia
quanto inspire el amor á un dulce hermano.
La sangre mia buscaré en su pecho;
y allí la encontraré... Mas ya brillando
el alba ahuyenta las obscuras sombras,
y nace el dia, y con violento paso
la hora se acerca, que al divino trono
el hombre tienda las humildes manos,
y al Creador en oracion ferviente
adore, y cumpla sus decretos santos.
Vendrá Caín, y mi cariño entónces,
y mi amor...

Mélida. La oracion... *Con voz trémula.*

Abel. Le está llamando, y él no falta jamas.

Mélida. Yo temo...

Abel. Amiga, hermana mia, ¡que! ¿Pudiera acaso
negar sus votos al Señor? ¿Pudiera?...

Mélida. Yo conozco á Caín: mi sobresalto
no es sin razon. Le veo ya la pena
de tal crimen sufrir. ¡Ah, desgraciado!

Tirza. Nuestros padres, Abel, y nuestros hijos,
para hacer la oracion en este campo
reunidos se acercan; y con ellos yo no veo á Caín.

Abel. ¡Dios soberano!
Á quien mi hermano con su culpa ofende,
por hoy retira de este suelo ingrato
tu sacra vista y tu venganza inmenza.

Mélida. ¡Ó hermana de Caín! sé tú su amparo, *Á Tirza.*
sé tú su apoyo, y con su esposa ruega
al Ser Eterno en su favor.

Tirza. Tu llanto, ! Ó dulce hermana! mis entrañas rompe.

ESCE-

ESCENA III.

Adan, Eva, Abel, Tirza, y sus hijos, Mélida y los suyos.

Adan. Primera estirpe del linage humano,
de donde ha de nacer el mundo todo;
hijos de Eva y Adan; hijos amados;
hijos nacidos de mis propios hijos;
ya el sueño nuestro cuerpo abandonando,
en libertad nuestros sentidos dexa;
y las vanas ficciones y el descanso,
en que las sombras nos meciéron, huyen,
y allá se juntan en el hondo espacio
de cabernas sin luz. La razon nuestra,
que duerme solo quando estan cerrados
nuestros ojos, despierta con nosotros;
y su fuego de nuevo iluminando,
al desmayado espíritu le buelve
su antigua claridad, como en sus rayos
ha vuelto el alba el resplandor al dia.
¡Oh! tristes pecadores, arrojados
de la mansion de paz y de ventura,
de nuestros corazones humillados
al Señor ofrezcamos los suspiros,
para que tienda sus piadosas manos
al hombre, errante en el mortal sendero
del vicio y del error.... Mas entretanto
Caín no viene; y su venida solo
para empezar en este sitio aguardo.
¿Porque este dia la oracion difiere?
Mélida, ¿sabes donde está tu hermano?

Mélida. En los campos, señor, está sin duda,
que allí hace poco dirigió sus pasos.

Adan. ¿Y vendrá al punto?

Mélida. Yo lo ignoro.

Adan. Ó cielos! ¡Tú, hija mia, lo ignoras!... ¡Que presagio
en mi espíritu inquieto se levanta!...
¿Y él pudiera?... Responde... ¡Ó Dios! ¡Tu labió
mudo se queda! No vendrá... ¡Ó delito!
¡Ó último golpe á mi vejez!

Eva. ¡O amargo fruto á mi crimen! *aparte.*

Adan. De mi justo enojo...

Mélida. ¡Tú sabes, padre mio, que arrastrado
por su negra inquietud, huye estos sitios,
lejana y triste soledad buscando.
Él teme confiarnos sus dolores,
y se ausenta á gemir... ¡Perdon!
Adan. De un largo encono no es capaz un padre tierno.
Plegue á Dios, como á Adan, el perdonarlo.
Eva. La envidia es solo su dolor, la envidia;
y ántes que nace el sol ya es un malvado.
Adan. Sin él roguemos al Señor, ¡ó hijos!
Abel. ¡Ó padre! aguarda aun. Yo iré volando
á mi hermano á buscar. ¡Con quanta pena
temblando miro del Señor el brazo,
armado en contra suya! Á prevenirle
voy de su culpa y su tremendo daño.
Yo no sé donde sus inciertas huellas
podré encontrar en mi anhelante paso.
Yo no sé donde buscaré un camino,
Que me lleve al lugar que está ocupando.
Mas mi guia es mi amor; mi amor me enseña,
y encontraré á Caín. Al encontrarlo
le acordaré el desprecio vergonzoso,
con que la santa ley ha profanado.
Y si fuere preciso conducirle,
sobre este pecho fraternal alzado,
vendrá á rendir ante el Señor la frente.
Mélida ¡Ó generoso Abel! ¡Quanto te amo!
Eva. ¡Y no se mueve el bárbaro á la vista
de tan rara virtud! ¿Y tú, tú el blanco
eres de su furor!...
Abel. ¡Ó madre mia! Caín al precipicio está cercano.
todo lo olvido; y mis injurias mueren
quando me está su perdicion llamando.
Yo voy á sostener su vacilante
virtud que va á caer. Yo voy... ¿Y en tanto
me aguardarás, ó padre?
Adan. Sí. Y el cielo permita que lo traigas á tu lado.

Vase Abel precipitadamente.

ESCENA IV.

Adan, Eva, Mélida y sus hijos, Tirza y los suyos.

Adan. ¡Ya Conozco á Caín! ¿No era bastante

que

que con odio fatal martirizando,
aflixa al tierno Abel, que le acaricia,
sino que llega su furor insano
hasta insultar al Dios del universo?
¿Quiere irritar en sus terribles manos
el rayo vengador, que está suspenso,
nuestra culpable frente amenazando?
¡Dos hijos tengo! ¡Dos! ¡Sus corazones
qué diferentes son, y qué contrarios!
Si uno virtuoso, tierno y obediente,
parece un ángel, que el Señor me ha dado;
el otro duro, y envidioso, y fiero,
parece que es un instrumento airado,
del celeste furor; y mil tormentos
sobre esta triste ancianidad cargando,
hiere y destroza sin cesar mi pecho
que cura Abel con sempiterno alago.
Mas no debe admirarme que me oprima:
sus vicios son de mi delito el pago.

Eva. Esos pesares que Caín fomenta,
yo solamente, yo, yo te los causo;
yo la culpable, que fecunda he sido.

Adan. ¿Será que siempre en tu dolor pensando,
te des en rostro con los males mios?
¿Que falta has cometido, en que culpado
no fuese Adan tambien? ¿Ser la primera?...

Eva. ¡Ser la primera! ¡Oh, Dios! He aquí el amargo
golpe, que aumenta mi llorar profundo.
por donde quiera que la vista espacio,
todo me dice, tu dolor sintiendo,
que yo al abismo te arrojé pecando.
En este hermoso Eden, en este sitio
riénte y bello, que por Dios formado
fué para nuestra abitacion tranquila:
donde los dones de su augusta mano
de entrámbos los deseos prevenian;
donde inocentes del placer gozamos;
donde las horas, de ventura llenas,
en deliciosa paz nos halagáron;
yo sola soy, yo sola la que pierdo
á tí, á mis hijos, y al linage humano.
¡Ó mudanzas! ¡O tiempos! Sobre el trono

de etéreas nubes, por el ayre vago
yo veo al Ser Eterno; sí, le veo,
la frente armada de brillantes rayos,
baxar glorioso, y ocupar la tierra
para juzgar los débiles humanos.
Su voz terrible escucho, que tremenda,
nuestro fatal perjuicio castigando,
la muerte nos anuncia, cuyos golpes
han de sufrir tambien los desgraciados
descendientes que vengan de mi estirpe.
Ó vosotros, en quien su sacrosanto
decreto ya cayó, vosotros, hijos,
vengad al universo, y vuestro agravio.
Mi crimen debe contra mí bolveros.
Maldecidme

Mélida. ¿Nosotros, que acabamos
de bendecir tu nombre!... ¡Ah madre mia!
olvida, olvida ese recuerdo infausto,
y cuya imágen nuestro pecho aflige.
¡Ah! tantos bienes que un ligero espacio
de flaqueza perdió, tu amor los buelve
para tus hijos con el mismo encanto.
Y si en Edén vivieramos nosotros,
¿Fueramos por ventura mas amados?

Eva. No, no sin duda. Los alegres sitios...

Tirza. Aquí se acerca Abel.

Eva. ¡Solo! ¡Temblando!
¡Y los ojos en lágrimas deshechos!

ESCENA V.

Adan, Eva, Mélida, sus hijos, Tirza, los suyos y Abel.

Adan. ¿No has logrado por fin el encontrarlo? *Á Abel.*

Abel. ¡Pluguiera al cielo! ¡Oh, Dios! ¡Plugiera al cielo!
El mas terrible golpe ha descargado sobre mi corazon.

Adan. Dime, qué ha sido.

Abel. Cerca de este recinto sepultado
en mudo horror y confusion le encuentro.
vuelo á ofrecerle mis amantes brazos,
(ya conoces, Señor, el alma mia)
vuelo, y le digo con acento blando
que en este sitio la oracion le espera...

no,

no, no se atreve á repetir mi labio
su respuesta feroz. Arde, se agita;
y en premio de mi anhelo y mi cuidado,
amenazando con su voz tremenda,
cubierto de furor cierra los brazos;
me manda que no buelva á su presencia,
y huye, dexando en mi interior clavado
el sangriento dolor que me consume...
¡Ah! Nunca, nunca me amará mi hermano.

Adan. ¡Ingrato! ¡Y huye de tu vista! ¡Y pudo
á su Dios ultrajar! ¿No ve en su daño
de mi castigo el inmortal exemplo?...
Ya, perdido el apoyo soberano,
y solo, y débil, y á las tristes plagas
del lisongero espíritu entregado,
¿Como podrá sin la divina antorcha
mover seguro el vacilante paso
en la márgen fatal del precipicio?
¡Oh, dia de dolor! ¡Dia empezado
baxo tan triste funeral anuncio!
¿Qual tu ocaso será?

Abel. ¡Caín!...

Adan. Yo marcho lloroso á verle. Los consejos mios
quizá lo ablandarán: quiza postrado
á la paterna voz, la piedad santa,
el amor fraternal, su antiguo mando
en su pecho tendrán.

Abel. ¡Oh, padre mio! Acuerdate de Abel.

Adan. Asegurado vive, que si me escucha, en el momento
vendrá á buscarte compasivo y grato...
Mas roguemos á Dios porque propicio
favorezca á este padre desgraciado.

Todos se arrodillan ménos Adan.

Santo Dios inmortal; Caín huyendo
de tu senda y tu luz, te ha arrebatado
el tributo de amor y de respeto,
que al dispertar los míseros humanos,
todo los dias consagrar te deben.
Yo voy á reclamar ante el malvado
tu sacra ley de amor, y sus deberes.
Si en este sitio, donde fuí lanzado
por tu justo furor: si en este sitio,

Donde

donde camino del Edén privado,
miraste siempre con benignos ojos
al triste Adan, y siempre moderando
el acervo rigor de su sentencia,
con tus dones templaste su quebranto;
Otra bondad á estas bondades junta.
Haz que de un hijo tan cruel é ingrato
venza yo la aspereza: á mis acentos
da enérgico vigor para ablandarlo.
Ábreme tú su pecho empedernido:
á sus hijos lo buelve, y á su hermano,
á tu altar, á nosotros; y yo logre
ver á Caín en otro Abel mudado.

ACTO II.

El teatro representa una llanura, donde se distingue algunas señales de la agricultura naciente. En el fondo habrá dos altares colocados sobre una grande elevacion; pero separados por mucha distancia. Caín con una azada trabaja la tierra. El sol es el mas ardiente del estío.

ESCENA PRIMERA.

Caín. Cabar y aborrecer. ¡He aquí mi suerte!
Desde que alumbra el sol al universo,
encorvado al rigor de esta fatiga,
con mis sudores este surco riego;
y con ellos parece que fecunda
su estéril polvo... Del calor el peso
me abate y me devora... ¡Ay infelice!
¿Y que es lo que executa en este tiempo
ese lánguido Abel, que tanto adoran?
Él, ó entonando plácidos acentos,
ó junto á su ganado reposando,
goza á la sombra de feliz sosiego.
Vendrá la noche, y llevará á los mios
tranquilas horas de quietud y sueño;
del sueño, que huye de mis tristes ojos;
Abel entónces se verá cubierto
de caricias sin fin; y yo entretanto,

yo,

yo, que trabajo sin cesar por ellos,
yo demasiado iré, y aborrecido,
á descansar mis fatigados miembros.
¿Es este, es este de mi fuerte brazo
el galardon y merecido premio?...
¡Tú trabajas, Caín, y tus labores
sirven á los ingratos de alimento!...
Arroja, arroja ese instrumento inútil,
á tu placer y á tu ventura opuesto. *Arroja la azada.*
Yo ví, hace poco, á mi exêcrable hermano,
Cuya virtud, cuyo sencillo pecho
alaban sin cesar: ¡Que afeminado
ademan! ¡Que molicie en sus acentos!
Acentos, que á los otros enamoran;
ademan, que apellidan embeleso.
Pero el mezquino solamente sabe
ó cantar ó llorar: ¡Con que desprecio
le vi rogando ante mis pies! ¡Que débil
le pareció á mi espíritu altanero!...
Lástima tuve de él... Mas él en tanto
vive feliz, y de amargura exênto.
El cuidado y amor de su familia,
el favor repetido de los cielos,
su misma languidez, y su abandono;
todo le colma de placer perpetuo.
Y yo en un dia de furor creado,
mortal aborrecido del Eterno:
aborrecido de mi gente toda:
desventurado en el cariño inmenso
que le tributan: lleno, perseguido
de mi horror y mis negros pensamientos:
ser nada ansiando: maldiciendo el dia
en que nací: gimiendo baxo el peso
de mi triste vivir: con mil fantasmas
comprando horrible y tormentoso sueño;
reducido por fin á la desgracia
de aborrecer al universo entero,
y á los mios, y á mí; mi amarga vida
me anticipa los males del infierno.
¡He aquí, débil Adan, he aquí tu obra!
Si tú no hubieras ofendido al cielo,
tus hijos venturosos vivirian

en la paz, la inocencia y el sosiego:
yo no llorára la miseria mia..,
Aborrezco á ese hermano, le aborrezco;
aborrezco ese Dios, que le ha formado,
á ese Dios, que se goza en protegerlo.
No le he rogado aun; y en vano, en vano
lo intentaria. Despechado, y cierto
de que nunca mis lágrimas le mueven,
en mi boca espiráran mis acentos.
¡Oh dia perdurable! ¡Que importunos
son á los ojos mios tus reflexos!
!Oh, esplendor de la tierra! ¡Oh, sol radiante!
que bañando en tu luz al universo,
le das fecundo movimiento y vida;
Adan te admira, y yo, yo te detesto:
el negro horror de la atezada noche
aguarda mas á mi cruel tormento.

ESCENA II.

Cain y Adan.

Adan. ¿Caín?
Caín. ¡Dios! ¡Es Adan!... Padre del hombre,
padre mio; ¿que cólera de fuego
llena tu vista? Abel con su presencia
la inunda de placer y de contento.
Mi baldon miro en tu semblante escrito.
Adan. Quando lo ves en mi semblante impreso,
señal es que lo tienes merecido.
Sí, atormentado á tu presencia vengo.
Caín. ¿Y no lleno de amor? ¡Oh, padre! ¡Oh, padre!
Tan hermoso, tan dulce sentimiento
¿Será tan solo de mi hermano digno?
Adan. Tu amor, tu amor tambien hierve en mi pecho,
tu amor ¡ingrato! ¿Y por que causa, dime,
no eres tú como Abel en mi paterno
corazon tan amado? ¿No es mi sangre
la misma que de entrámbos en el cuerpo
por las venas circula? ¿No cuido, no conservo
á los dos á la par del alma mia?
¿Ambos no sois mi encanto mi embeleso,
el placer de mi vida?.. Mas tú, ingrato,

tú

tú sí que no amas á tu padre tierno.
El odio hacía tu hermano, tus furores
á mis ojos de lágrimas cubiertos,
representan el quadro de mis hijos
en la discordia fraternal envueltos;
que emponzoña mis dias, que renueva
mi herida, mi cruel remordimiento,
mi delito y mi horror. Truene y destruya
Dios, sepultando en el voraz infierno
á la obra misma que formó su mano,
y que ofendió á su amor y á sus decretos:
truene; que yo, con sumision postrado,
doblaré humilde mi exêcrable cuello....
Pero á tí, á tí cuyo feroz orgullo
ceder debiera á mi dolor sangriento,
¿Que te hice, cruel, para oprimirme?
¿Que te hice? Responde, y mi funesto
pesar mitiga. ¿Que te hice?

Caìn. ¡Oh, padre!
¿Y hasta quando será que vituperios
y amargas quejas solamente escuche?
¿En contra mia prevenido y ciego
te habre yo de mirar, quando debias
conocer de Caín los sentimientos?...
Yo te amo, padre mio, yo te amo,
y á mi hermano... á mi hermano no aborrezco.

Con embarazo.

No ignoras tú, señor, que mi carácter
áspero y duro, á trabajar violento
por siempre me llevó. Yo con mis fuerzas
vencí este ingrato y árido terreno:
con mis tenaces laboriosas manos
la tierra sorprehendí, rompí sus senos,
y la arranqué sus íntimos tesoros:
yo por librar nuestros desnudos cuerpos
del ardiente calor de los estíos,
de los rígidos frios del ivierno,
en medio de los montes pavorosos
al leon aterrando y oprimiendo,
arrebaté la piel ensangrentada;
y al combatirle denodado y fiero
su fiereza aprendí, y en mis trabajos

rústica y dura agitacion conservo.
Tal vez yo debo á las virtudes mias
el orígen fatal de mis defectos;
¿Y podré yo de mi interior fogoso,
de mi violenta inclinacion ser dueño?
¿Ni en el fuerte trabajo endurecido,
manifestar los dulces movimientos
de un corazon afeminado y débil?
Tú bien conoces mi destino adverso:
el dolor que envenena mis entrañas,
me hace que mire con pavor y tedio
quanto toca mi vista, y que abomine
de mi exîstencia el insufrible peso.
Hoy mi tormento y su rigor se agrandan:
lleno de horror y de tristeza tiemblo:
mi lúgubre pensar me aterroriza,
y nunca tanto me afligí á mí mesmo.
He aquí por qué tu hijo en su rudeza
algunas veces despreció tu tierno
cuidado paternal; pero esta culpa
es de Dios, que formó mis sentimientos,
no de mi corazon.

Adan. ¡Quan engañado
vives, Caín! Tú solo eres el reo.
Tu aspereza feroz, tu insoportable
carácter, y tus vicios, que sin freno
corren á su placer precipitados,
apartando tus pasos del sendero
de las virtudes, de dolor te llenan,
del dolor que acompaña á los perversos.
tú eres víctima atroz de tus pasiones;
tú padeces tan bárbaro tormento
porque eres criminal, porque maltratas
á tu hermano.

Caín. ¡Aun Abel! *Aparte.*

Adan. Tu hermano tierno,
que lleno de eficacia y de cariño,
vino á librarte de un delito nuevo;
pero tú, mas culpable y mas furioso,
al mismo Dios, que te formó del cieno,
le has negado el tributo de alabanza.
Y quando con atroz remordimiento

llorar

llorar debieras, y lavar tu culpa,
¿Puedes con arrogante menosprecio
dudar de su justicia, y desde el fango
acusar al Señor del universo?
¡Infeliz! ¡Infeliz! ¿Acaso ignoras
que con sola una voz, con un acento
puede tronar, y convertirte en polvo?
Caín. Que truene pues, bendeciré su trueno.
Yo vivo en mi exîstencia tan cansado,
yo á mí mismo tan fiero me aborrezco,
y tanto el porvenir me atemoriza,
que una muerte que acabe mis tormentos,
fuera á mis tristes lastimados ojos
el mas grande favor del alto cielo.
De la muger nacido, condenado
á eterno padecer desde su seno,
nació conmigo el infernal castigo;
y quantos males ese Dios tan fiero
á mi sangre fatal pronosticaba,
todos, y juntos, sobre mi cayéron.
Adan. No, hijo mio, que Dios en su justicia
no ha descargado, no, sobre tu cuello
todo el rigor de una cruel venganza;
antes piadoso, de ternura lleno,
y del triste mortal compadecido,
te abre, como á nosotros, los inmensos
tesoros de su gracia, los tesoros,
que tus delitos por tu mal perdiéron.
Si tú los buscas, encontrarlos puedes.
Tu dolor, tu feliz remordimiento
te bolverán su paternal clemencia.
Dios no conserva, no, por largo tiempo
ni furia, ni rencor; y quando al hombre
castiga porque rompe sus decretos,
tambien le ofrece con benigna mano
un eterno perdon. ¿Por que altanero
has de acusar su providencia santa?
¿No te dió aquellos bienes lisongeros,
que alagan el placer de nuestros ojos?
¿No te dió los hermosos sentimientos,
que de alegría el corazon inundan?
¿Para templar tus males y tormentos

no tienes mna amiga y una esposa?
¿No tienes hijos que estrechar al pecho?...
¡Y nombrándote esposo, amigo y padre,
aun te quejas, Caín, del alto Cielo!
Yo, lleno de miseria, perseguido
por mi culpa y mi atroz remordimiento;
quando veo á mi esposa y á mis hijos,
quando tú me recibes en tu seno,
no siento tanto los dolores mios,
y respirar entre vosotros pienso
los venturosos dias de mi gloria;
y mi caída y mi afliccion huyendo,
mi mente dexan, y el amor me acoge.
Tú puedes disfrutar de este supremo
dulcísimo placer. Dándote una alma,
Dios te formó para gozar. Abiertos
los raudales estan de tus delicias;
pero tú siempre de amargura lleno,
huyendo siempre nuestro fiel cariño,
sobre tu suerte con dolor gimiendo,
recordando la pérdida del hombre,
desperdicias los dones del Eterno,
y cierras ese pecho endurecido,
que él abrió á la alegría y al contento.
No mas lo oprimas, no. Busca tu dicha
de tu hermano en los brazos alagüeños,
á los pies del Señor. No mas tristeza;
no mas camines de tu gente léjos
á exhalar tu dolor: el hombre solo
jamas será feliz. Los anchos yermos
agrandan su pesar. ¡Ah! Buelve, buelve
á vivir de nosotros en el seno.
Tú gozarás la vida en dulce calma;
nosotros tus pesares borraremos.
Yo te ví mas feliz en otros dias...

Caín. ¡Quien! ¡Yo feliz! ¿Y quando? ¿Y en que tiempo?

Adan. Quando era Abel de su Caín amado.

Caín. ¡Siempre Abel! *Aparte.*

Adan. Mas feliz y mas sereno
entónces á mi vista parecias.
Tu alegría bañaba de contento
la pacífica choza de tus padres;

hasta

hasta que el odio se alvergó en tu pecho,
y la paz nos robó. Vuélvela, ó hijo,
vuélvela á un padre que te adora tierno.
Mira el llanto que riega sus mexillas:
mira esta frente: mira estos cabellos
encanecido por los años: mira
este encorvado y vacilante cuerpo,
al rigor de los males destruido.
Tal vez muy pronto llegará el momento,
que en el preciso término tocando,
venga la muerte, cuyo atroz sendero
yo el primero he de abrir. Ya con vosotros
vivir no es dado dilatado tiempo:
y quisiera, Caín, veros unidos
antes que falte mi postrer aliento;
y espirar, y dexaros apacibles
en la concordia fraternal viviendo.
Sí, amigo mio, de tu anciano padre
cede á la voluntad. ¿Será violento
á un hermano querer? Abel te ama;
tú tambien le amarás. Su tierno pecho,
que tú huyes sin razon, al tuyo busca;
y hallarlo fuera su mayor contento.
¡Quantos pesares derramó tu encono
en su vida infeliz! Triste gimiendo
mil veces vino, tu furor contando,
mi socorro á implorar para vencerlo;
y á sí mismo nombrandose culpado,
lleno de amor y de inocencia lleno,
á mis plantas rogaba, y repetia
que á su hermano llevaran sus lamentos.
Tal vez ahora por el monte errando,
llora, gime, redobla su tormento,
tiembla, llama, te implora.... ¿Y tú aborreces
su corazon, que te idolatra ciego,
su corazon, donde brillar se miran
la dulzura y virtud á un mismo tiempo!
Caín. ¿Y por que siempre de ese hermano odioso
la virtud ponderando, y repitiendo
me está tu lengua? ¿De aplaudirle ufano
no habrá quien pueda distraer tu acento?...
Pues bien; si yo no tengo sus virtudes,

si mil defectos criminales tengo,
tuya es la culpa: yo virtuoso fuera
si tú no hubieras ofendido al cielo:
si tú con tu flaqueza separando...
¡Lloras!... ¡Ah!

Adan. Sigue. Ese mortal recuerdo
es justo sí. Yo causo tu desgracia:
yo con mi crimen oprimí tu cuello;
y ese furor, que el corazon me parte,
yo lo merezco, sí, yo lo merezco.
Pero creí que la filial ternura,
y los impulsos de la sangre oyendo,
á mi vejez cansada respetarás,
Yo pensé que mi amor, que mis desvelos
y mí fiero pesar alcanzarian
de Caín el perdon de tanto yerro.
¡Oh, padre desgraciado! ¡Horrenda imágen
de un triste porvenir! Desde ahora veo
los hombres en mi culpa confundidos,
del pecador, que los perdió el primero,
maldecir la memoria y detestarla,
cargándola de eterno vilipendio.
Sus gritos contra Adan enfurecidos,
de un tiempo en otro sin cesar corriendo,
perturbarán mis áridas cenizas
allá en el fondo del sepulcro negro.
Á tal idea el corazon desmaya...
¡Gran Dios! ¡Gran Dios¡

Se aparta llorando, y va á apoyarse en un árbol.

Caín. ¡En que mortal despecho *Aparte.*
su espíritu se encuentra sumergido!
¡Y yo soy el que bárbaro y sangriento
en males tan atroces le sepulto!
Dios, que formaste al hombre, ¿en este pecho
qué corazon pusiste? Yo he causado
la discordia fatal en que nos vemos.
No nací yo para vivir con hombres;
yo debiera habitar en los desiertos,
entre las fieras y voraces monstruos,
que llenan de pavor al universo.
¡Aun ellos oyen en los bellos frutos
de la naturaleza los acentos!

Caín

Caín tan solo en este mundo vive
sordo á su dulce voz... Mas no, yo siento,
yo escuchó en fin su penetrante grito,
que resuena en el fondo de mi pecho.
Sigamos pues, sigamos á la antorcha
que me ilumina. Vamos, y lloremos
de mi padre á los pies... ¡Oh, padre mio!

Se arroja á los pies de Adan.

Sí aun este nombre pronunciar yo debo,
concede tu perdon, á un hijo tuyo.
No soy digno señor; yo no merezco
sino cólera y odio. Mas contempla
de mi agudo pesar el sentimiento:
escucha los gemidos que me ahogan:
mira el llanto correr, con que humedezco
tu dulce mano, que temblando estrecha
un hijo criminal. ¿Que es lo que puedo
executar para alcanzar tu gracia?
¿Quieres, ó padre mio, que al momento
vaya á buscar á Abel? Sí, yo me rindo,
y obedezco á mi padre, y al Eterno.
Vuelo al punto á encontrarle. El alma mia
me lo manda tambien. Pero á lo ménos
dime una sola vez "Yo te perdono."

Adan. ¡Hijo mio! levántate del suelo.
Yo te perdono. Mi irritada furia
al llanto cede, que en tus ojos veo.
¿Mas qué digo? Si él nace de tu alma,
si es hijo de un veraz remordimiento,
si lloras de dolor murió tu culpa.
¡Oh, dia hermoso! ¡oh, penas! ¡oh, deseos,
despues de tanta agitacion cumplidos!
Yo bendigo mil veces el momento
que Caín me ofendiô: sí, yo bendigo
su baldon y mis lágrimas á un tiempo,
porque su duro corazon dobláron,
porque á su pecho la virtud bolviéron.
¡La virtud! ¡La virtud! Corre, y abraza
á tu padre feliz... Mas no tardemos:
busquemos á tu hermano entristecido,
y demos á su amor algun consuelo.
Cada instante que pasa será un dia

Roba-

robado á su vivir. Nuestro contento
su contento será. Vamos, corramos,
y su amargura y su dolor calmemos.
Caín. Vamos.

ESCENA III.

Adan, Caín y Abel que entra temblando.
Adan. Querido Abel, ¿porque tan tristes
tus ojos huyen de los ojos nuestros?
ya te ama Caín. Llega á sus brazos.
Abel. ¿Y tú me amas, Caín? ¿Y será cierto?
¿Y al fin vencerte mi cariño pudo?
Oiga yo de tus labios placenteros
tanta felicidad. Tu voz suave
de eterno gozo colmará á mi pecho.
Caín. Yo te amo... sí. *Con embarazo.*
Abel. ¡Palabra encantadora!
¡Y yo te miro entre mis brazos tiernos?
¡Y yo te estrecho en este pecho mio,
para tí siempre de ternura lleno!
¡Ay, Caín! ¡Ay, Adan! Tú, que nos juntas,
Abrazando á Adan.
no fuiste, no serás en otro tiempo
tan grato al corazon de tus dos hijos...
Eterno Ser, cuya bondad venero,
hoy recibo el mayor de tus favores.
Por grande que se ostente de los cielos
en la estacion hermosa la alegría,
nunca será como el placer que siento.
Los agravios, hermano, y los dolores
de hoy mas se escondan de nosotros léjos;
y si algun tiempo por acaso llega
á ofenderte mi amor, ven al momento,
ven sin temor, Caín, ven, y me explica
la causa de tu fiero desconsuelo:
yo te satisfaré; mas tú piadoso
me darás tu perdon. Promete al ménos
no culparme jamas sin que me escuches;
y dulce me será tu juramento.
Caín. No es necesario ya: ya la obra tuya
se ve cumplida... Coronar deseo

los sagrados consejos de mi padre....
Vivir contigo y con los mios quiero;...
¡Y plegue al cielo que á su lado goce
la paz del alma, de que gozan ellos!
Abel. Eva y nuestras hermanas ignorando
viven aun el sin igual contento,
que posee un hermano que te adora,
para volver á su angustiado pecho
la dulce calma, vamos, y abrazados
sorprehendamos su vista y su deseo.

ESCENA IV.

Adan, Abel, Caín y Eva.

Eva. ¡Será verdad lo que mis ojos miran!
Abel. Sí madre mia, corre nuestro inmenso
Jubilo á acompañar. Caín me ama.
Eva. ¡Oh, hijos mios! *Abrazándolos.*
Caín. ¡Oh, madre!
Eva. ¡Justo cielo! ¡Hijos, que mis entrañas alvergáron!
¡Hijos alimentados en mi seno!
Triunfa la sangre, y la amistad os junta;
y juntos os recibo, y os estrecho,
y juntos os contemplo, y abrazados
sobre este alegre y palpitante pecho.
Ya empiezo á respirar. Los males huyen;
y en tan feliz y plácido momento,
de mi dolor amargo el peso enorme
le siento ya caer. Llegó ya el tiempo
de ser madre felíz. Recibe, ¡ó hijo!
Mi humilde gratitud. Tus sentimientos
embellecen de Edén con la memoria
á esta triste mansion. Sí, sí, yo encuentro
aquel Edén perdido en vuestras almas.
Sus placeres igualan al contento,
que en este instante á mi interior halaga;
y en este sitio miserable y fiero,
donde Dios nos lanzó, vuestras caricias
y eterna union me lo darán de nuevo,
Caín. ¡Oh, que amable es de un hijo á la ternura
tan vehemente ardor!
Adan. ¿Dime, no es cierto que eres ya mas feliz? *á Caín.*

Caín. ¡ Oh , padre mio !
Adan. ¡ Sí , tú lo eres ! Yo lo soy... Roguemos
en este dia de la paz dichosa
al gran Señor del universo entero.
Tú lo sabes , Caín. ¿Que puede el hombre
siempre infeliz , y de flaqueza lleno,
quando Dios á sí mismo le abandona?
Suplicad , hijos mios , al Eterno
con dulce amor ; y un holocausto santo,
por los dos ofrecido al mismo tiempo,
hará que baxe el resplandor divino
vuestra union á aprobar ; y que los cielos
aceptando , aseguren y confirmen
del hombre los sagrados juramentos.
¿Lo consientes , Caín?
Caín. Yo me conformo.
Abel. Al Señor solamente es á quien debo
la dicha toda , que en mi amor alcanzo;
y por tan grande y bienhechor contento,
Mis votos quiero consagrarle humilde.
Adan. Id pues á prevenir en el momento
vuestras ofrendas , y volved al punto. *Vanse Caín y Abel.*

ESCENA V.

Eva y Adan.

Eva. ¡ Que dia , esposo ! Si por tanto tiempo
padecimos los dos , ya la alegría
reemplaza á tu dolor y á mi tormento.
Ese santo holocausto , en que fundamos
nuestra esperanza , manteniendo abiertos
los ojos del Señor sobre mis hijos,
va á asegurar nuestro reposo eterno.
Yo reconozco á Dios y sus favores
en un dia tan próspero y sereno.
Si él nos castiga como Juez ayrado,
él nos consuela como Padre tierno.
Adan. Para afirmar la venturosa calma,
que Caín pronostica á nuestros viejos
cansados años , prevenir es fuerza
de sus sospechas el mortal veneno.
No le demos de hoy mas tristes motivos

para

para quejarse del cariño nuestro.
Él nos dice que á Abel siempre adoramos,
y que siempre á Caín aborrecemos.
Es necesario pues, en lo futuro
con los dos á la par nuestros afectos
y ternura partir.

Eva. Hacer dichoso para siempre á Caín es mi deseo;
y esa ternura, que qual ley me impones,
es para mí el mayor de mis contentos.
Descansa pues sobre el cuidado mio...
pero con paso rápido y violento,
de sus hijos y esposas rodeados,
vienen Caín y Abel hácia este puesto.

ESCENA VI.

Adan, Eva, Caín, Mélida, sus hijos. Tirza, Abel y los suyos.

Adan. Sobre esos dos altares, hijos mios,
colocad esos dones, que al Eterno
habeis de consagrar. Caín amado,
Caín y Abel ponen sus ofrendas sobre sus respectivos altares.
tú no ignoras los grandes sentimientos,
que este holocausto á tu deber impone.
Esos frutos no son, ni esos inciensos
los que las manos del mortal temblando,
presentan al gran Dios del universo.
El fervor los ofrece. Un alma pura,
un humillado corazon sincéro,
son á su vista el holocausto solo,
á quien concede su favor supremo.
Mas que nuestros presentes, nuestros votos.
le llegan á apiadar. Tiembla de nuevo,
si esa mente inmortal, que penetrando,
lee nuestros ocultos pensamientos,
halla en tu corazon, ni aun las reliquias
de los pasados cometidos yerros.
Acércate á el altar; mas revestido
del arrepentimiento verdadero,
que nos da la virtud. Nuestras ofrendas,
quando son agradables al Eterno,
de esa azulada bóveda desciende,
y las consume su sagrado fuego.

Procura pues que esta señal brillante,
por tu pesar y tu ferviente zelo,
las cubra de esplendor.

Cain Sí, padre mio.

Adan. Presentad vuestros dones, que en silencio
nosotros juntaremos nuestros votos
á vuestro humilde y suplicante acento;
y postrados de Dios ante las plantas,
que os bendiga sin fin le rogaremos.

Caín, sus hijos y su muger se colocan junto á su altar. Abel y toda su familia se colocan junto al suyo. Adan y Eva se ponen entre ámbos altares en el fondo del teatro.

Caín. Dios, que en esta mansion desde tu trono
ves la infancia del mundo, estos primeros
frutos recibe, que en el fértil campo
fecunda tu bondad. Tiende te ruego,
á nosotros tus ojos, y confirma
de Caín y de Abel los juramentos,
y el santo nudo de amistad, que acaba
de unir ahora sus amantes pechos.

Abel. Sí, mi Dios; este nudo á tus bondades
propicio sea. El sacrificio nuestro
recibe con piedad... Sí, lo recibe.

Aparece en el ayre un torbellino de fuego.

¡Mira, mira, Caín, desde los cielos
sobre nuestros altares ondeando,
baxar de Dios el sacrosanto fuego! *La llama consume la ofrenda de Abel; y se remonta alejándose de la de Caín.*

Caín. ¡Mas sobre el tuyo solamente baxa!
¡Oh, furor! ¡Oh, espectáculo funesto!

Abel. ¡Divina providencia!

Caín. ¡Y que! ¡á mi vista
baña y consume el sacrosanto fuego
las ofrendas de Abel, quando la mias
sobre el altar se miran con desprecio,
sin fuego y sin calor!... ¡Y Abel! ¡Oh, rabia!
¡Y Abel triunfa! ¡Oh, suplicio! ¿Es este el premio,
Dios implacable? ¿Es esta la justicia?
Ante los pies de Adan yo me prosterno
de dolor penetrado: yo recibo,
yo entre mis brazos á ese Abel estrecho:
yo sofoco mi cólera: yo invoco

la virtud, la amistad, la sangre á un tiempo:
yo tu favor imploro, que pensaba
merecer; ! y tu mano en menosprecio
al fin me unde; y para mas herirme,
mis dones despreciando con mis ruegos,
pones el triunfo de ese hermano mio
al lado de mi eterno vilipendio!
¿Me quieres criminal, Dios de justicia?
Pues bien: yo lo seré. Ya que me veo
por mi terrible suerte destinado
á ser odioso y detestable reo,
yo, yo lo cumpliré. La rabia mia,
suspendida tan sola en un momento,
aun mas fuerte renace en mis entrañas.
Ya á las maldades y al rencor me entrego
para que tú me hiciste. Entre tus manos
incendia el ronco resonante trueno,
que yo voy á abonar el furor tuyo,
y á hacerme digno al fin de merecerlo.

Adan. ¡Hijo mio!....

Caín. Dexadme.

Mélida. ¡Esposo mio!!...

Caín. Dexadme.

Eva. ¡Ay hijo! Entre mis brazos tiernos....

Caìn. Dexadme; que ese Dios me ha hecho contrario
á todos los humanos sentimientos.
De vosotros no soy ni hijo, ni esposo,
ni hermano. Soy Caín.

Abèl. De ese tremendo
golpe que te consume, ¿por ventura
me harás tú responsable ante el Eterno?

Caín. Sí.

Abel. No merezco tan injusta ira.
Mas á tus plantas mi perdon espero.

Caín, ¡Y te acercas traydor!

Abel. ¡Y así me tratas!
¡Y así olvidas, Caín, que no há un momento
que aquí, que en este sitio, donde ahora
quieres hollarme despechado y fiero,
acabas de jurarme para siempre
una dulce amistad!

Caín. ¡Yo! Si mi acento

pro-

pronunció en este sitio que te amaba,
pérfido te engañé. Yo te aborrezco;
no te he amado jamas: yo te abomino;
y á Dios, porque te ampara, le detesto.
En mì es necesidad aborrecerte;
y aun gran placer al confesarlo siento.
Tu exîstencia feliz, los triunfos tuyos
son mi suplicio y mi mayor tormento;
y estos crueles, bárbaros dolores
mis delicias serian, si en tu pecho
fueran tambien; y mientras yo gimiese
uno á uno contára tus lamentos...
¡Lloras! ¡Cómo me gozo en ese llanto!
Al mirar esas lágrimas no veo
tanto el horror de las afrentas mias,
y casi pienso respirar sereno.
¡O Dios de Abel! Por esta vez tan solo
propicio escucha de Caín los ruegos.
Destruye á entrambos y seré dichoso. Á Dios.

Adan. Detente.

Caín. ¡Y que! Vosotros mesmos
querreis que me detenga... Pues libradme
de la presencia de ese altar funesto.
Huyo por apartarlo de mis ojos;
Pero en mi herido corazon le llevo.

Caín se escapa: Mélida y sus hijos, Adan y Eva le siguen. Abel quiere seguirle tambien; pero Tirza y sus hijos lo contienen, y lo llevan por otra parte.

ACTO III.

El teatro representa un sitio horrible: en el fondo una cordillera de montañas y rocas, cuyas cimas son desiguales. Caín, tendido sobre la tierra, apoyando la cabeza sobre una roca, y teniendo la azada junto á sí, aparece dormido.

ESCENA PRIMERA.

Caín dormido, y Mélida.

Mélida. ¿Adonde, adonde encontraré á mi esposo?...

Guíame

Guíame tú, gran Dios... ¡Allí le veo!...
¡Sobre la dura tierra recostado!
¡La frente en una roca sosteniendo!
¡En mis brazos mejor!... Mélida, tente;
no turbes, no, tan bienhechor sosiego;
y amante esposa, y velador testigo,
consérvale este sueño pasagero.

Caín ¡Hijos mios!... *Dormido.*

Mélida ¡Qual gime, se estremece!

Caín. Hijos de Abel, vuestro furor... *Siempre dormido.*

Mélida. ¡Oh, cielos! Siempre encono!

Caín. ¡Mis hijos!... ¡ay!... ¡esclavos! *Dormido.*

Mélida. ¡Que temblor corre en sus inquietos miembros!
¡Despues de trabajar, para él tan solo
no es el sueño un descanso!... Sus lamentos

Caín suspira profundamente.

tercera vez penetran mis oídos.

Caín. Hijos de Abel, hijos de Abel, teneos; *Siempre dormido.*
Ó yo iré... *Hace un movimiento violento que le dispierta, y se levanta lleno de turbacion.*

Mélida. Ya dispierta. ¡En su semblante
del rencor brilla el iracundo fuego!
Amado Esposo.

Caín ¿Adonde estan mis hijos?

Mélida. Ámbos en la mansion de sus abuelos
tu vuelta aguardan.

Caín. ¡Ay!

Mélida. ¿Que nueva furia
vuelve á turbar tu corazon? ¿El sueño
te ofreció alguna imágen?...

Caín ¡Espantosa!

Mélida. Entre el confuso son de tus acentos,
las voces distinguí de hijos y esclavos.
¿Que es lo que has visto, dí?

Caín Los males nuestros.
Junto á ese obscuro y eminente risco
buscaba ansioso á mis cansados miembros
el dulce sueño, que por tantos dias
en vano, en vano conseguir pretendo.
Apénas cierro los dolientes ojos,
mi arrebatada fantasía ardiendo,
á mi agitado espíritu presenta

el quadro de los siglos venideros.
Yo ví los campos (La ilusion ha huido,
pero el horror en mi interior lo tengo.):
yo ví los campos ¡ay! no como ahora,
que, aun á pesar de los delitos nuestros,
en la Infancia del mundo revestidos
de hojas y frutos, y placer los vemos;
si no marchitos, lobreguez lanzando,
inspirando el terror de los desiertos.
Allí antiguos álverges se miraban,
aquella vasta desnudez cubriendo.
Allí encorvados baxo el peso enorme
del gran trabajo y del rigor del tiempo,
míseros hombres ví, que procuraban
la tierra cultivar con sus esfuerzos;
y rebelde la tierra parecia
lo frutos producir á su despecho.
De sus débiles manos se caían
los duros y pesados instrumentos;
el denso polvo su mirar cegaba,
el espino, la zarza sus sangrientos
pies ofendian, y el sudor brotando,
regaba en fin su vacilante cuerpo...
¡Estos eran mis hijos, ¡ay! mis hijos,
y su familia entera!.. En el momento
la escena cambia; y á mis ojos brilla
fértil llanura, que en un mismo tiempo
ostenta los verdores del otoño,
y de la primavera el embeleso.
De Abel los sucesores en tan ricas
abundantes campiñas, placenteros
cantaban á los pies de sus esposas;
se alimentaban de los frutos bellos,
que en sus manos caían, y gozaban
de paz dichosa, y de placer perpetuo.
Uno de ellos entonces se levanta,
y abandonando el plácido instrumento,
„Amigos, dixo con alegres voces,
„escuchad pues lo que me inspira el cielo.
„Siempre estos campos nuestro gusto colman;
„mas nuestras manos emplear debemos,
„para alcanzar sus venturosos dones;
y

»y nuestras manos, que por tanto tiempo
»á pulsar el laud se acostumbráron,
»nunca al trabajo destinadas fuéron.
»Cerca de este recinto, en esos campos,
»que solamente cultiváron ellos,
»labradores habitan esforzados
»en el rústico afan. Despues que el sueño
»en la quietud sumerja sus sentidos,
»nosotros valerosos volarémos,
»y sin usar la fuerza de las armas,
»amarrarémos sus robustos miembros;
»y que sus brazos nuestros campos surquen,
»y en sus fatigas el descanso hallemos."
Dixo; y al punto los crueles gritan,
aplaudiendo tan bárbaro proyecto.
Yo le miro cumplir ante mis ojos.
Hondos gemidos hieren con estruendo
mi espantado interior. Ya las cabañas
arden, y caen; y al brillar del fuego
á mis hijos distingo y á los suyos,
y á sus esposas, con rigor violento
encadenados entre sí; arrastrados
por la estirpe de Abel con vilipendio
á este campo, felíz para otros hombres.
Mélida. ¡Oh, Dios!
Caín. ¡Y que! mis hijos, que naciéron
mas fuertes, mas intrépidos, ¡un dia
de los hijos de Abel serán los siervos!
¡Los hijos mios trabajando infames,
para aumentar de un indolente dueño
el infame reposo!... ¡Ah! que mi brazo
solo en la furia que al pensarlo siento....
Mélida. ¿Adonde te arrebatas? ¡Que! ¿Pudiera
baxo la fe de un delirante sueño
entregarte al furor que te alucina?
¿Por que te agita ese presagio horrendo?
Si adoras la virtud, ¿que te amedrenta?
¿Que es lo que puede un porvenir incierto,
que no es dado mudar? Siempre humillados,
aguardando las órdenes del cielo,
dexemos al Señor, que amable y justo...
Caín. ¡Justo! ¡Justo ese Dios, que con desprecio

mis dones rechazó! ¡Que siempre mira
á mi hermano con ojos placenteros!
Conoce su rigor. El temor solo
de que pudiera la esperanza alo ménos
dexarme tolerar los males mios,
hace que anuncie á mi afligido pecho
un tormento sin fin; y que en su anuncio
me anticipe el dolor de ese tormento.
¿No eran bastantes mi pesar, mi injuria,
tantos martirios como yo padezco,
sino que extiende á mis queridos hijos
tambien el golpe por romperme en seno?...
¡Mis descendientes con baldon proscritos,
de las cadenas sufrirán el peso!...
¡En cadenas mis hijos!... Tiembla, tiembla
de mi furor, hermano que aborrezco.
¡Posteridad de Abel, aun tu no exîstes!

Mélida. ¿Que pronuncias, Cain? ¡Ah!

Caín. Que mi pecho
ya de ser inocente está cansado.
Que pierdo mi razon.

Mélida. ¿Y los derechos
De la naturaleza y de la sangre?
¿Y la amistad divina?

Caín. Yo aborrezco.

Mélida. Oye, amado Caín, oye las voces
de tu santa virtud.

Cain Ya no la tengo.
La rabia solo en mis entrañas guardo.

Mélida. Procuremos que Abel no llegue á verlo,
y partamos al punto por sus hijos. *Vase.*

ESCENA II.

Caín. Rompan de mi rencor los sentimientos.
¡Ay Abel! ¡Ay de tí si por desgracia
á verte ahora en mi presencia llego!
Todo lo puedo en mi furor... ¿Mas donde
está mi esposa?... ¡Huyó!... ¿Y en tal tormento
ella me pudo abandonar?... ¿Acaso
soy yo el horror del universo entero?...
Trabajemos en fin; y que el trabajo,

ya

ya que otro auxîlio en mi dolor no tengo,
llene á lo ménos el mortal vacío,
en que se apoya mi vital aliento;
y que despues me desampare el mundo *Toma la azada.*
testigo fiel de mi constante esfuerzo:
instrumento infeliz, que el brazo mio
cargó por tanto y tan penoso tiempo;
ven, y alimenta á mis cansados padres;
ven, y alimenta á Abel, á ese Abel fiero,
cuya prole, de Dios tan distinguida,
sobre la mia dominando... ¡Oh, cielos!
¿Que es lo que veo? ¡Abel!

ESCENA III.

Caín y Abel. Que entra por la parte opuesta á aquella por donde Mélida se retiró.

Abel. Sí, hermano mio;
es tu amigo; yo soy que jamas puedo
ni un momento vivir de tí lejano;
y que á estrecharte entre mis brazos vengo.
Caín. ¡Oh, que vista fatal!... *Aparte.*
¡Tus brazos! Vete, Vete. *Á Abel.*
Abel. ¡Ay Caín! ¡Y puedes en tu pecho
tal encono guardar! ¡Y castigarme
por el rigor con que te mira el cielo!
Caín. ¡Mi rabia crece con la vista suya! *Aparte.*
Este es aquel mortal, que engrandeciendo,
favorece ese Dios. Este es el padre,
cuyos hijos serán en otro tiempo.... *Á Abel.*
Vete, te digo, vete. Tiembla, tiembla mi furia.
Abel. Tu odio solamente tiemblo.
Caín. ¡Oh, ceguedad! ¡Oh, cólera implacable!
¿Donde me arrastra tu furor violento?
Mi mano para herirle se levanta
á pesar mio. Vete pues. *Á Abel.*
Abel. No puedo
separarme de tí; ni tú al olvido
darás aquella union, que ante los cielos,
y á los ojos del mundo me juraste.
En vano, en vano de mis brazos tiernos

pretendes escapar.

Caín. ¡Mortal serpiente;
¡Tú quieres ahogarme entre tu cuerpo!
¡Y para asesinarme me abrazarás?
Con la azada da un golpe á Abel sobre la frente.
Recibe pues de tu perfidia el premio.
Estirpe de Caín, ya estás vengada.

Abel. Caín... ¡A Dios!... Yo te bendigo... y.. muero.
Al caer en tierra.

Caín. ¿Que veo?... ¡Santo Dios!... ¡La sangre inunda
Corriendo á ver á su hermano.
su semblante infeliz!.. ¿Que es lo que he hecho?..
¡Oh, fiero golpe!... ¡Detestable rabia!...
¡Ay mísero de mí!... ¿Que es lo que he hecho?...
Abel, Abel, reanima tus sentidos:
abre esos ojos lángidos é yertos,
que me hielan de horror... ¡Ah! Vuelve, vuelve:
no te aborrezco á tí; yo me aborrezco... *Arrodillándose.*
¡Un movimiento!... Dios, haz que respire...
¡Ay! La esperanza para mas tormento
me quiere alucinar. En un suspiro
Abel exhala su postrer aliento...
Yo ya siento una voz que me maldice...
¡Que dolor!... El voraz remordimiento
despedaza mi alma. El Señor mismo
en este pecho criminal lo ha puesto.
Es tan sagrado de un hermano el nudo,
que el que lo rompe tiraniza al cielo:
es un hermano un cariñoso amigo
que la natura nos da... Ya no le tengo:
no tengo mas que el horroroso espanto
de vivir solo, de los hombres léjos,
conmigo y con mi crimen...¡Desdichado!...
¡Y por Caín el asombrado suelo
bebe la primer sangre, en que se tiñe!
¡Y por un golpe bárbaro y violento,
en que miro mi mano enroxecida,
yo enseñé á los mortales el sendero
de la muerte! Ya veo al mundo todo
en las razas futuras á mi exemplo
perderse entre las sendas criminales,
Lleno de rabia y de furor.

ESCE-

ESCENA IV.

Caín, Mélida y sus hijos.

Mélida. ¡Oh, cielos! *Al ver á Caín en la mayor agitacion.*
¡Ay, esposo! ¡Ay, Caín! ¿Que nuevos males?...
Caín. ¿Eres tú?... Huye de mi vista léjos.
Teme tocar mis manos, y seguirme.
Teme, infeliz, el respirar mi aliento,
que emponzoñado está.
Mélida. ¿Que es lo que quiere
anunciarme tu voz? Tus hijos tiernos
aqui te traigo. Abrázalos. Su vista...
Caín. Su vista dobla mi cruel tormento.
Mélida Ellos alguna vez han conseguido
de mi fatiga aligerar el peso.
Caín Ellos me cuestan mas dolor que piensas.
Mélida. ¿Que es lo que indica ese dircurso horrendo,
esa espantada frente?
Caín. ¡Si supieras!...
Mélida. Habla, y destruye mi pesar funesto.
Caín. ¿Porqué me dexas?
Mélida. Un momento solo.
Caín. Bastante es para un crimen un momento.
Mira hasta donde mi furor te arrastra:
Mira... i Todos mirad.
Á Adan y á Eva que llegan al mismo tiempo.

ESCENA V.

Adan, Eva, Caín, Mélida y sus hijos.

Adan. ¡Abel cubierto
de su inocente sangre!
Caín Aquesta sangre
yo soy quien la ha vertido.
Adan. ¡Tú!... ¿Que has hecho?
Caín. Un crimen infernal, que me convierte
en el mas vil y detestable objeto:
un crimen, par[...] los abismos

Eva. ¡Querido Abel! *Junto al cuerpo de Abel.*
Mélida. ¡Que instante!
Junto á Caín que estaba apoyado en ella.
Adan. ¡El asesino *Contemplando á sus dos hijos.*
es hijo mio!... ¡Ese cadáver yerto
es mi hijo tambien!... ¡Oh, muerte horrible!
¿Y era preciso á exercitar tu imperio
un brazo matador?... ¡Y que! ¿Debia
el inocente perecer primero?...
¡Y tú, Caín, contra un hermano!... ¿Acaso?...
Caín ¡Oh, Dios! Yo, como tú, no lo comprehendo...
Acaso un genio malhechor, furioso,
escapado del centro del infierno,
habrá sin duda dirigido el golpe,
que á Abel hirió... Mas no, no es el infierno:
yo solo soy, yo solo el asesino...
¡Ah, padre mio!
Adan. Estremecido veo
Que los remordimientos te devoran.
Caín Sí, me destrozan. ¡Ay!... Quando muriendo,
Abel cayó con mi funesto golpe,
espació sobre mí sus ojos tiernos:
me bendixo con voz desfalleciente:
su mano me tendió trémulo: al cielo
que imploró mi perdon, me parecia,
y fué un á Dios su postrimer aliento...
¡Mi perdon! ¡Mi perdon!... No, no, su muerte
pide clamando mi suplicio eterno.
¿Por qué no truenas celestial venganza?...
Mas ya se acerca. En medio de los vientos
el relámpago rueda: horrenda nube
me espanta y me circunda con su fuego.

ESCENA VI.

Adan, Eva, Caín, Mélida y sus hijos, la voz de Dios en una nube que cubre todo el teátro.

La voz de Dios. ¿Caín?
Caín. ¡Mi nombre escucho!
La voz de Dios. ¿De tu [illegible]

Caín. ¡Todo parece que se anima y habla
preguntando por él!
La voz de Dios. ¿Que es lo que has hecho?
Caín. ¿Soy por ventura quien guardarle debe?
La voz de Dios. ¿De quien es esa sangre que violento
derramaste?
Caín. No sé.
La voz de Dios. De aquesta sangre
hasta mi sube el vengador lamento.
Caín escucha la fatal sentencia
del primer asesino: siempre yerto,
siempre espirando, ante tus mismos ojos
verás presente aquel hermano mesmo,
á quien hirió tu criminal encono.
De eterno espanto temblarán tus miembros;
y sin amparo, sin solaz, sin padres,
vagarás de desiertos en desiertos.
Mi eterna maldicion irá contigo:
esos rastros de sangre irán impresos
en tu frente homicida: fraticida
te dirá con horror el universo:
los mortales huirán de tí asombrados;
y jamás pisarán aquel sendero,
donde la planta criminal estampes,
donde mi furia y maldicion cayéron.
La nube se remonta arrojando rayos y truenos.
Adan. ¡Que sentencia cruel!
Caín. ¡Sentencia justa!
Nunca á mi culpa igualará el tormento.
Padecerlo sabré: sabré arrojado
huír por siempre de estos sitios léjos.
Opacos bosques, silenciosas grutas,
montes de horror y soledad cubiertos,
acoged á este bárbaro homicida:
vuestro terror me llama, y en su centro
yo me voy á esconder.
Mélida. Yo he de seguirte.
Caín. Quédate.
Mélida. ¿Y nuestros lazos?...
Caín. Se rompiéron.
Mélida. ¿No eres mi esposo?
Caín. No: dexa que solo

yo me abandone á mi destino horrendo.
Mi detestable crimen me separa
de Adan, de tí, del universo entero.
Mélida. Tus hijos y tu hesposa...
Caín. Á Dios.
Mélida. Tu esposa
quiere seguirte con tus hijos tiernos.
Caín. No fuera yo en mi culpa castigado
si vinieras conmigo á los desiertos.

Caín se escapa de los brazos de Mélida. Esta á pesar de su resistencia le sigue con sus hijos de monte en monte y de roca en roca, que al fin los ocultan, y hacen desaparecer por su órden. Adan y Eva quedan inmóviles junto al cuerpo de Abel. Caín, Mélida y sus hijos se detienen sobre el mas elevado de la montaña para mirar por la última vez á sus padres.

FIN.

BARCELONA:

POR AGUSTIN ROCA.

Á Costa de los Libreros asociados.


3 0112 115872720